

bía de conducir á un rompimiento, á un cambio completo de política, á la pérdida de sus más caras esperanzas respecto del Oriente, y finalmente á una alianza alarmante entre Francia y Austria. El descontento puramente aristocrático que pudiese suscitar el enlace con una dinastía de origen reciente, y que la incomparable gloria de Napoleón había por otra parte atenuado ya mucho, no merecía por cierto que á él se sacrificasen los intereses más vitales del imperio. No había, pues, la menor duda en cuanto al consentimiento definitivo, pero el convenio relativo á la Polonia era el motivo manifiesto que detenía á Alejandro. Después de mil dificultades sobre su redacción, se había logrado la conformidad en todo; pero no quería este príncipe obligarse respecto del casamiento hasta tener en su mano el pago esencial de aquella alianza, esto es, la ratificación del pacto que había de librarle del peligro de ver nuevamente alzarse en su frontera el temido reino de Polonia. Pidió primero diez días de plazo, después otros diez, y prometió explicarse en la segunda mitad del mes de enero. La primera insinuación databa desde mediados de diciembre.

Napoleón, que había escrito el 22 de noviembre que contaba con una respuesta decisiva para fines de diciembre ó principios de enero (pues los correos tardaban en aquella época de doce á catorce días para ir de París á San Petersburgo), estaba en la mayor impaciencia sin saber á qué atenerse, y ya un tanto ofendido de la tardanza. Mirábase como superior á todos los príncipes de su tiempo, tanto por su genio (de lo que nadie dudaba) cuanto por la posición en que le había colocado; creía que era un deber aceptar su mano en cuanto él se dignase ofrecerla, y todos aquellos afectados miramientos hacia una princesa vieja que en realidad estaba sometida á la autoridad de Alejandro, le causaron enfado. No contribuía poco á hacerle mirar de mal ojo la vacilación verdadera ó fingida de la Rusia la circunstancia de estarle á la sazón brindando á competencia con nuevas alianzas que cortes europeas.

La casa de Sajonia por de contado no ansiaba otra cosa. Su anciano rey más parecía ceder á una inclinación de su corazón que hacer un sacrificio á la política al ofrecerle su hija, princesa de edad ya sazónada, pero perfectamente educada y de dotes físicas aventajadas que prometían una posteridad próxima y robusta. Aquel soberano en efecto se había adherido á Napoleón cordialmente.

No eran menos favorables las demostraciones del Austria. Habíanse establecido entre ambas cortes comunicaciones indirectas por las cuales se sabía el gran deseo que aquella nación abrigaba de trabar alianza con Napoleón. El príncipe de Schwarzenberg, trasladado de la embajada de San Petersburgo á la de París, acababa de llegar á Francia, y á su arribo se entristeció de representar á una corte vencida, que iba á ser más desgraciada todavía si llegaba á estrecharse más la alianza entre Francia y Rusia. Esa alianza en efecto era la que había frustrado los últimos levantamientos del Austria; ella era la que, si continuaba, iba á tenerla siempre en una completa nulidad, y á entregarla quizás á un porvenir ignorado. Un enlace con la Francia, aunque no pusiese al Austria en una situación incontrastable, pondría término por lo menos á la alianza de la Francia

con la Rusia, aseguraría por otra parte la paz que tan necesaria era, y disiparía los temores más ó menos fundados que habían inspirado los sucesos de Bayona á todas las antiguas dinastías. Estas consideraciones habían movido á todos los negociadores austriacos, así civiles como militares, á hacer ciertas insinuaciones que Napoleón había desechado por lo mucho que entonces le preocupaba la idea de un enlace con la familia imperial rusa, pero que sin embargo no se habían borrado de su memoria. Promovido Mr. de Metternich á primer ministro en sustitución de Mr. Stadion, familiarizado en París con los príncipes y princesas de origen reciente, y desnudo con respecto á éstos de las preocupaciones de las cortes antiguas, bien hubiera querido inaugurar su ministerio con un casamiento de una trascendencia política tan grande, y el príncipe de Schwarzenberg, informado de los deseos del primer ministro, ansiaba tanto como él que Austria reemplazase á la Rusia en la nueva intimidad que se creía iba á dominar la Europa entera. Pero al llegar á París, como dijimos, vió con pesadumbre al príncipe de Kourakín acariciado y lisonjeado como representante de la corte con la cual iba á estrecharse la alianza, y que su situación, ya desfavorable de resultas de la última guerra, iba á ser más desairada todavía con el casamiento que se proyectaba. Supiéronse los deseos del gabinete austriaco por el secretario de su misma legación, Mr. de Floret, que hizo conversación acerca de ellos con Mr. de Semonville, el cual, entrometido en todo, se los comunicó á Mr. de Maret. Había además un francés muy relacionado con Mr. de Schwarzenberg, llamado Mr. de Laborde, hijo del célebre banquero del mismo nombre establecido en Austria durante la revolución y recientemente vuelto á Francia; este Mr. de Laborde era muy conocido de Mr. de Champagny, el cual en esta circunstancia se valió de él para averiguar con toda exactitud las intenciones del Austria. El príncipe de Schwarzenberg comunicó á Mr. de Laborde sus inquietudes, su pesadumbre, y lo mucho que le disgustaba el tener que desempeñar en París una misión cada día más desairada desde que el casamiento de Napoleón con una princesa rusa parecía cosa resuelta é irrevocable. Mr. de Laborde comunicó al punto esta queja á Mr. de Champagny, quien le autorizó á insinuar que la elección del emperador Napoleón estaba muy lejos de ser definitiva, que todo lo que de público se decía era exagerado, y que aún no era imposible que el emperador variase y propendiese hacia una alianza con la casa de Austria. Estas palabras repetidas sin carácter oficial, pero con sumo tino y como rumores de origen fidedigno, causaron gran satisfacción al príncipe de Schwarzenberg, el cual escribió sin perder tiempo á Viena para que le dijese cómo debería acoger una demanda matrimonial, caso de proponérsele alguna si cambiaba la suerte de las negociaciones.

Mientras tenían lugar aquellas negociaciones con la corte de San Petersburgo y estas secretas comunicaciones con la de Austria, la opinión acerca de la conveniencia de elegir una princesa rusa ó una austriaca estaba en París dividida, si bien todos por lo general creían resuelta la cuestión en favor de la princesa rusa. Los que rodeaban á Napoleón opinaban casi todos según su posición, sus antecedentes y sus intereses; eran muy pocos los que obedecían á una previsión desintere-

sada. Todos los que tenían alguna afinidad con el antiguo régimen, como por ejemplo Mr. de Talleyrand, y que miraban la alianza con el Austria como un nuevo paso hacia la reacción que deseaban, preferían para emperatriz á una hija del emperador Francisco. Mr. de Talleyrand tenía además una propensión invariable hacia el Austria contra las potencias del Norte, y relaciones íntimas en aquella corte que muchas veces le habían parecido á Napoleón sospechosas. Mr. de Maret, á quien Talleyrand trataba con extremado desprecio, opinaba ahora como él, y no parecía sino que habían convenido entre ambos el lenguaje que habían de usar en las circunstancias actuales. Mr. de Maret no tenía más razón para ser del partido austriaco que haber servido de medianero en las primeras confidencias del Austria por las revelaciones de Semonville y Floret.

En la misma familia imperial había divergencias: la familia de Beauharnais se inclinaba uniformemente al Austria, y con ser aquella una cuestión en que por decoro propio debiera haberse abstenido de emitir opinión alguna, mostrábase acuciosa en manifestar su parecer expresándolo con chocante calor. El verdadero motivo de esta conducta era el deseo de que se asegurase sólidamente la paz en Italia y en Baviera, por lo mucho que esto interesaba al príncipe Eugenio y á su suegro; porque aunque el príncipe Eugenio no estuviese llamado á reinar en Italia si llegaba Napoleón á tener un heredero directo, si lo estaba á gobernar aquel reino en calidad de virrey mientras viviese Napoleón, esto es, por espacio de unos veinte ó treinta años (pues esto se calculaba entonces que podría durar su vida), y deseaba naturalmente que no volviera á verse el reino de Italia como en la última guerra expuesto á tener á los austriacos en Verona. Joseffina, que se consolaba en su desgracia con apoyar con toda decisión las pretensiones de sus hijos, hizo con aquel motivo las confianzas más indiscretas á la esposa de Metternich que había permanecido en París.

Los afiliados á la causa de la Revolución por el contrario, los que eran opuestos al antiguo régimen y tenían un retroceso exagerado, y los que tenían alguna previsión militar y política, deseaban el enlace con la Rusia. La familia de Murat, dirigida principalmente por la reina de Nápoles, temía que una princesa austriaca llegase á introducir en breve en la corte imperial una gravedad desdeñosa que mortificase á los príncipes y princesas de la familia Bonaparte, que no tenían como Napoleón gloria personal que les diese realce. El archicanciller Cambaceres, que por su inclinación y por prudencia continuaba adicto á las reformas fundamentales de la revolución de 1789, temeroso siempre de las ambiciosas miras de Napoleón y de las debilidades que ocultaba su grandeza, participaba también de la antipatía de los Bonapartes hacia un enlace con el Austria, que venía á ser en cierto modo una reconciliación con el régimen antiguo. Además, su atinado juicio acerca del espíritu del país no le descubría ventaja alguna para Napoleón en asemejarse un tanto á Luis XVI, y su sagacidad política le hacía entrever que cualquiera que fuese la potencia preferida, muy en breve la otra se declararía enemiga. Ahora bien, si era el Austria la excluida, no se verificaba novedad alguna con tenerla contraria, ni era su enemistad muy de temer; pero si era la

Rusia, todo variaba de aspecto, porque aunque habíamos sabido hallar dos veces la vía de Viena, no habíamos dado aún con la vía de San Petersburgo. Sin embargo, ¡cosa admirable!, era ya tal la persuasión, sugerida por un secreto instinto, de que el enlace con una archiduquesa era el que más lisonjaba el amor propio de aquel emperador ilegítimo (según el lenguaje de aquellos con quienes quería identificarse), empeñado ahora en legitimarse sin pensar que lo estaba ya por su gloria, que se necesitaba tener valor para aconsejarle la alianza con la Rusia.

Vacilaba Napoleón entre tan encontradas opiniones. Los que creían que la hija de los Césares era la que halagaba más su vanidad porque le acercaba más á la jerarquía de los Borbones, habían adivinado verdaderamente su debilidad. Pero su previsión, nunca empañada por sus defectos, le hacía conocer que, aunque los ejércitos austriacos se hubiesen conducido con valor en la última campaña, era mucho más peligrosa la enemistad de la Rusia que la del Austria, y que la guerra con aquella sería negocio mucho más arduo. Deseaba por esta razón la alianza con los Romanoff, aunque fuese menos conforme con sus aspiraciones aristocráticas; pero la tardanza en contestar á su demanda le causaba ya un enfado que apenas podía reprimir, y que le exponía á tomar de un momento á otro cualquiera resolución inesperada. En este estado de inquietud é incertidumbre, reunió en las Tullerías un consejo privado para saber la opinión de todos, contra su carácter naturalmente resuelto, como deseoso de hallar en la opinión ajena razones para decidirse. Convocóse este consejo de repente un domingo (21 de enero) al salir de misa; fueron citados los grandes dignatarios del imperio, entre los ministros el de Negocios extranjeros, el secretario de Estado Maret para que hiciese de secretario del consejo, los presidentes del senado y del cuerpo legislativo, Garnier y Fontanes. Grave, impasible, sentado en el sillón imperial, teniendo á su derecha al archicanciller Cambaceres, al rey Murat y al príncipe Berthier; á su izquierda al architesorero Lebrún, al príncipe Eugenio, á Talleyrand, Garnier y Fontanes, y cerrando el círculo Mr. Maret, sentado á la extremidad de la mesa del consejo, enfrente del emperador: — «Os he reunido, dijo Napoleón, para saber vuestra opinión sobre el interés más capital del Estado, que es la elección de la esposa que ha de dar herederos al imperio. Escuchad el informe de Mr. de Champagny, y dadme después vuestro dictamen.» — Presentó Mr. de Champagny un informe bien hablado y extenso sobre los tres enlaces objeto de la elección, el ruso, el sajón y el austriaco. Afirmó que los tres eran igualmente posibles, y que las tres cortes se hallaban favorablemente dispuestas (aserto algo exagerado respecto de la Rusia, pero verdadero en cuanto podía anunciarse como tal al consejo). Comparó en seguida las dotes personales de las tres princesas: la sajona era un dechado de virtudes, un tanto avanzada en edad, pero perfectamente conformada; la austriaca tenía diez y ocho años, una excelente constitución, una educación digna de su clase, y cualidades llenas de atractivos; la princesa rusa era la más joven, no pasaba de unos quince años, se la suponía dotada de todas las cualidades apetecibles en una soberana; pero su religión no era la de la Francia, y esto podía producir emba-

razos, entre los cuales no era de despreciar el singular contraste de una capilla griega en el palacio de las Tullerías. Por lo tocante á las ventajas políticas, Mr. de Champagny estuvo explícito: sólo las veía en la alianza con la corte de Austria, y sobre este punto habló como antiguo embajador de Francia en Viena.

A este informe siguió un prolongado silencio, no atreviéndose nadie á hablar el primero hasta que el emperador le invitase á desplegar los labios. Napoleón entonces se puso á recoger votos empezando por la izquierda; esto es, por el lado donde iban á manifestarse las opiniones menos graves, á pesar de hallarse en él Mr. de Talleyrand. Quería que los dictámenes de más peso fueran los últimos. El architesorero Lebrún, realista rancio que había conservado en la corte imperial sus opiniones de tal, aunque muy devoto del imperio, sacudió su habitual somnolencia para emitir una opinión que hasta cierto punto no carecía de fundamento. — Estoy, dijo, por la princesa sajona: esta princesa no nos compromete á seguir la política de nadie, no nos dispone con nadie, y además es de buena raza. — Nada más dijo el architesorero. El príncipe Eugenio habló después de Lebrún, y reprodujo con sencillez y sobriedad las razones que alegaban los partidarios de la política austriaca, y que esforzó luego, aunque con sentenciosa concisión, Mr. de Talleyrand. Era éste después del archicanciller el juez más competente en estas materias. Dijo Talleyrand que era ya llegada la época de asegurar la estabilidad del imperio; que la política que tendía á acercar la Francia al Austria era la que más estabilidad ofrecía; que las alianzas con las cortes del Norte daban á la política cierto carácter de ambición y versatilidad; que lo que principalmente se buscaba era una alianza que diese ventajas para luchar con la Inglaterra; que la alianza de 1756 atestiguaba que la Francia sólo había encontrado en la intimidad con el Austria la seguridad continental necesaria para un gran despliegue de fuerzas marítimas; finalmente, que Napoleón, esposo de una archiduquesa de Austria y cabeza del nuevo imperio, nada tendría que envidiar á los Borbones. No hubiera dicho más un representante de la nobleza francesa, si ésta hubiera sido llamada á emitir su voto sobre el casamiento de Napoleón, que dijo aquel magnate diplomático con su lenguaje astuto y su brevedad desdenosa. El senador Garnier se pronunció por la alianza sajona, como término medio que no comprometía los intereses creados. Mr. de Fontanes, con calor académico y hasta con cierta tinta de amargura realista, declamó contra las alianzas del Norte. Habló como se hablaba en Versalles cuando Federico y Catalina la Grande ocupaban los tronos de Prusia y Rusia.

Mr. de Maret, aunque mero secretario encargado de consignar las opiniones de los demás, fué admitido por excepción á emitir su juicio, y espresó un dictamen á que no dió mucha importancia el consejo. Como mediador que había sido de ciertas confidencias de la legación de Austria, y sin más fundamento que aquella casualidad, opinó en favor de la princesa austriaca. Pasando á su derecha debía recibir Napoleón dictámenes muy opuestos. Oyó á Champagny repetir lo mismo que había dicho en su informe, y al príncipe Berthier, que era afecto al Austria, declararse por ella, reuniendo ya la princesa austriaca la gran mayoría de los votos; pero

aún no habían hablado Murat ni el archicanciller Cambaceres. Murat se expresó con gran vivacidad, haciendo alarde en aquel consejo de grandes del imperio de las antiguas pasiones revolucionarias que animaban todavía al ejército. Sostuvo que el enlace con una princesa austriaca no podía menos de despertar los funestos recuerdos de María Antonieta y Luis XVI; que estos recuerdos, lejos de ser gratos á la nación, duraban aún vivos; que la familia imperial lo debía todo á la gloria y al poder de su caudillo, sin tener nada que esperar de alianzas extrañas; que una reconciliación con el antiguo régimen escarmentaría y alejaría á muchas cortes adictas al imperio, sin granjearse los corazones de la nobleza francesa. Se acaloró usando de todas las expresiones que le sugirió su arrebatado celo contra los partidarios de la alianza de la familia con el Austria, afirmando que semejante enlace no podía caber en la imaginación de los verdaderos y leales amigos del emperador. Parecía como si detrás de él hubieran estado los Bonaparte hostigándole contra los Beauharnais, y Mr. Fouché contra Mr. de Talleyrand. Al acaloramiento del rey de Nápoles sucedió la comedida prudencia del archicanciller Cambaceres, expresándose en lenguaje sencillo, claro, moderado y positivo. Dijo que el principal interés que había que consultar era el de proporcionar herederos al imperio, y que era menester saber si la princesa rusa podía dárselos; que si realmente se hallaba en este caso, no había que titubear; que por lo tocante á la religión, no sería difícil conseguir por medio de explicaciones que la corte de Rusia renunciase á ciertas exigencias que podían repugnar en Francia; que en cuanto á la política no era posible concebir la menor duda; que el Austria, despojada en los últimos años de los Países Bajos, de la Suabia, de la Italia y de la Iliria á un mismo tiempo, y últimamente de la misma corona imperial, siempre sería una enemiga irreconciliable; que sus naturales inclinaciones además la hacían incompatible con una monarquía de origen reciente; que la Rusia por el contrario tenía en este punto menos preocupaciones que cualquiera otra corte (lo que era entonces cierto); que este imperio tenía por su territorio y por su alejamiento mil razones para ser buen aliado de la Francia, y ninguna para ser su enemigo; que si se veía rechazado no podría menos de mostrarse hostil; que la guerra sería mucho más peligrosa con la Rusia que con el Austria; finalmente, desatendiendo á aquella vasta nación se iba á abandonar una alianza posible y fácil por otra mentida é imposible: de todo lo cual dedujo formalmente que era preferible el casamiento con la princesa rusa.

Estos dos pareceres, y sobre todo el último como emitido por el hombre de más peso de la época, contrabalancearon la opinión favorable á la alianza con el Austria; pero como lo que Napoleón se había propuesto al reunir aquel consejo era más bien una consulta que una deliberación, no había necesidad de tomar en seguida una resolución definitiva, sino que, emitido el parecer de cada uno, todo quedó concluido. Tranquilo é impenetrable, sin que denotara su semblante el juicio á que propendía, dió Napoleón á aquellos personajes las gracias por sus excelentes consejos, añadiendo: «Yo pensaré y maduraré vuestros pareceres: estoy convencido de que, cualquiera que sea la diferencia entre vues-

tro modo de mirar la cuestión, cada cual en su opinión se guía únicamente por su celo hacia los intereses del Estado y por su leal adhesión á mi persona.»

Fué luego despedido el consejo, y á pesar de la discreción que inspiraba siempre el emperador aun sin imponérsela á sí propio, todas las opiniones emitidas cundieron al instante é hicieron mucho ruido en palacio, á tal punto que la familia de Murat llegó á creer ganada la causa de la alianza rusa y se le dijo el príncipe Cambaceres con grandes muestras de alegría. Pero los acontecimientos iban á tener más parte aún en la decisión de la cuestión que la misma opinión personal de Napoleón (1).

Esperábase con la mayor impaciencia el correo de Rusia, cuando llegó el 6 de febrero un despacho de Mr. de Caulaincourt que parecía expresamente concebido para prolongar la incertidumbre en que estaba Napoleón hacía mes y medio. El primer plazo de diez días pedido por el emperador Alejandro al representante francés había expirado el 16 de febrero, y el 21 aún no había respondido. Era evidente que quería ganar tiempo y obtener la ratificación del tratado de Polonia antes de obligarse formalmente á entregar la mano de su hermana. Había repetido á Mr. de Caulaincourt que la emperatriz madre no negaba ya su consentimiento; que la gran duquesa Catalina daba igualmente el suyo; por último que las cosas saldrían como deseaba Napoleón; pero que necesitaba todavía tomarse un poco de tiempo para dar su respuesta definitiva. Ocurría otra circunstancia más grave todavía, y era que por una parte la salud de la joven princesa no correspondía de lleno á la impaciencia que se tenía de dar un heredero al imperio, y por otra la emperatriz madre exigía irremisiblemente que se fundase una capilla con ministros griegos en las Tullerías. Añadía Mr. de Caulaincourt que esperaba próximamente una explicación formal y que no dudaba fuese favorable. Pero el carácter impetuoso de Napoleón no podía consentir más demora é incertidumbre. Aquellas dilaciones, ya desfavorables á su persona, ya calculadas, ya dimanasen de una repugnancia formal á emparentar con él, ya del deseo de dar largas para arrancarle un tratado de mal efecto en la época presente é imprudente para lo venidero, le causaron grande enojo. Desagradábase además en gran manera estar tanto tiempo convertido en blanco de todos, como un rico heredero para quien todo el mundo se ocupa en buscar novia. Abandonóse entonces á uno de esos arranques que no sabía dominar y que acabaron por fijar su destino, y resolvió romper con la Rusia, interpretando sus dilaciones como una negativa que le libraba de todo compromiso respecto de ella. No habían dejado de hacerle mella por otra parte las razones alegadas en favor del Austria y contra la Rusia: el in-

conveniente de desposarse con una princesa que le tendría quizá dos ó tres años sin hijos, que no asistiría á ninguna de las ceremonias del culto nacional y que tendría sus sacerdotes especiales: circunstancia enojosa, aunque accesoria, en una nación como la francesa, que, sin picarse de devota, reúne todos los caracteres de la más ardorosa devoción. Además desde la última campaña se había formado una idea más ventajosa del ejército austriaco, y consideraba la guerra con él tan peligrosa como la guerra con los rusos. Estas razones reunidas, agregando á ellas el orgullo ofendido, que era para Napoleón la más poderosa de todas, le decidieron á tomar inmediatamente un partido con aquella increíble prontitud que era el distintivo de su carácter. Después que leyó los despachos de Mr. de Caulaincourt, llamó á Mr. de Champagny y le mandó que escribiese á San Petersburgo y declarase aquel mismo día á Mr. de Kourakín que las dilaciones que usaban con él le libertaban, no precisamente de la obligación (puesto que en Erfurt no se había contraído obligación ninguna), sino de la preferencia que había creído deber conceder á la hermana de un príncipe aliado y amigo; que atendido el estado de ansiedad en que se encontraban en Francia los ánimos, era imposible esperar ya más tiempo; que además las noticias que había recibido de la salud de la joven princesa no correspondían al motivo que le había determinado á disolver su primer casamiento para contraer otro enlace; que atendidas estas razones se decidía por la princesa austriaca, cuya familia lejos de titubear se la ofrecía voluntariamente con una solitud á que no podía menos de corresponder.

En cuanto al convenio relativo á Polonia se explicó de una manera todavía más enérgica y que descubría más claramente aún hasta qué punto influía en la elección que acababa de hacer el deseo de esquivar las exigencias de la Rusia. «Contraer, decía, la obligación absoluta y general de que el reino de Polonia no llegue jamás á restablecerse, sería un acto imprudente y sin dignidad de parte mía. Si los polacos, aprovechando cualquier circunstancia favorable, lograsen emanciparse por sí solos amenazando á la Rusia, ¿había yo de emplear mis fuerzas en sojuzgarlos? Si ellos se proporcionasen aliados, ¿había yo de acudir con mis ejércitos á combatir á esos aliados? Eso es pedirme cosas imposibles, deshonrosas y además superiores á mi voluntad. Lo único que puedo prometer es no coadyuvar directa ni indirectamente á ninguna tentativa de reconstitución de la Polonia; pero de ahí no puedo pasar. Por lo que hace á la supresión de las palabras POLONIA y POLACOS, no incurriré jamás en semejante barbarie. Podré sí en los actos diplomáticos no servirme de estas voces, pero no está en mí el borrarlas de los idiomas de las naciones. En cuanto á la abolición de las antiguas órdenes polacas de caballería, no puedo consentirla mientras vivan sus actuales titulares sino dejando de conferir nuevas condecoraciones. Últimamente, por lo que hace á los engrandecimientos futuros del ducado de Varsovia, no es posible coartarlos sin establecer una reciprocidad y sin la condición de que la Rusia se obligue también á no acrecentar sus Estados á costa de las antiguas provincias polacas. Con estas bases, añadía Napoleón, puedo admitir un convenio, no con otras.» Hizo en consecuencia redactar un nuevo texto ajustado á las

(1) El archicanciller Cambaceres, confundiendo en su narración en uno solo dos Consejos que se celebraron con el mismo objeto, cuenta que todo le pareció arreglado y que la opinión de Napoleón estaba ya formada cuando los llamó á emitir su parecer. Estas equivocaciones suelen ser frecuentes en los talentos más enérgicos y puntuales. Cuando se celebró el primer Consejo, Napoleón estaba distante de haberse fijado todavía. Pero se celebró otro el 7 de febrero, que efectivamente sólo fué de mera forma, y el recuerdo de este último confundido con el primero ha sido evidentemente el que produjo en el verídico archicanciller la impresión de una escena calculada de antemano. (N. del A.)

observaciones que acabamos de referir y mandó á Mr. de Champigny le diese curso al instante. De aquí había forzosamente de dimanar más tarde ó más temprano la disolución de la alianza y un rompimiento funesto.

No se limitó Napoleón á romper con una de las dos potencias entre las cuales había vacilado, sino que quiso contratar aquel mismo día con la otra. Los tratos secretos con el príncipe de Schwarzenberg habían continuado por conducto de Mr. de Laborde. Habíase sabido que al responderle su corte á las preguntas que había dirigido, no sólo le había autorizado á aceptar cualquier demanda matrimonial, sino también á hacer cuanto estuviere de su parte para decidir la elección de Napoleón en favor de una archiduquesa sin comprometer la dignidad del emperador Francisco. En la noche misma del 6 de febrero se mandó recado al representante austriaco, preguntándole si estaba pronto á firmar un contrato matrimonial; y habiendo respondido por sí, se extendieron inmediatamente los artículos, y se le citó para el día siguiente en las Tullerías. Atropeándolo todo convocó Napoleón nuevamente un consejo de grandes dignatarios en el mismo palacio, les expuso definitivamente la cuestión, pero sólo por vía de forma, puesto que su resolución estaba ya tomada, y lo dispuso todo para ligar irrevocablemente su suerte con la de la archiduquesa de Austria al siguiente día.

Su voluntad se cumplió efectivamente el 7 de febrero sin levantar mano. Hizo buscar en el archivo de Negocios extranjeros el contrato matrimonial de María Antonieta, y le mandó reproducir exactamente en el suyo, exceptuando sólo ciertas expresiones que la diferencia de tiempos y su propia dignidad le aconsejaban suprimir. No quiso se hiciese mención alguna de dote ni de precaución ninguna para asegurar su entrega, sino que todo llevase el sello de su grandeza. Decidió que su amigo Berthier, el intérprete de sus voluntades en la guerra, fuese á Viena por la princesa con toda pompa y ostentación. Y como según los usos monárquicos, cuando no se presenta en persona el príncipe que se va á desposar hace sus veces un apoderado, y éste debe ser también de linaje de príncipes, eligió Napoleón para que le representase en su casamiento y se desposase en su lugar con la archiduquesa María Luisa á su glorioso adversario el príncipe Carlos. Hizo averiguar el ceremonial de los casamientos de Luis XIV, de Luis XV, del gran delfín, padre de Luis XVI, y por último del mismo Luis XVI; y el de este último fué cabalmente propuesto por modelo en todo, sin embargo del presagio funesto que parecía traer á la mente el fin sangriento de aquel príncipe y de su infortunada esposa. Pero lejos de parar la consideración en semejantes recuerdos, su misma tristeza servía para hacer resaltar más la actual bienandanza: Napoleón iba á tener la gloria, no sólo de sublimar la monarquía desde el cadalso á la más encumbrada grandeza, sino también de restaurar el mismo sistema de las antiguas alianzas. La distancia desde el martirio sufrido por María Antonieta hasta el trono esplendoroso á que iba á subir María Luisa, era para los adictos de Napoleón la justa medida de su gloria y de sus servicios. Fueron consultados sobre las olvidadas solemnidades del casamiento de María Antonieta y para reproducirlas exactamente sin más diferen-

cia que la magnificencia, los personajes más ancianos de la antigua corte, especialmente Mr. de Dreux-Brezé, que había sido maestro de ceremonias. Se dejó subsistir en el contrato, sólo como fórmula, la mezquina viudedad de unos cien mil francos en favor de la futura emperatriz, y Napoleón hizo estipular para ella una viudedad de cuatro millones. Preparáronse alhajas y joyas de extraordinario valor, y era tal la impaciencia de Napoleón, que hizo calcular el tiempo que habían de tardar los correos, de modo que en cuanto se transmitiese á París por el telégrafo la noticia del consentimiento, partiese Berthier sin demora, pidiese la mano de la princesa el día mismo de su llegada á Viena, celebrase el casamiento al otro día y volviese acto continuo con la desposada á París para consumar el matrimonio á mediados de marzo. El príncipe de Schwarzenberg se allanó á todo y despachó su correo al salir de las Tullerías, después de haber tomado á su cargo el firmar en nombre de la archiduquesa María Luisa una copia literal del contrato matrimonial de María Antonieta.

El correo despachado en París el 7 de febrero llegó el 14 á Viena, causando allí la mayor satisfacción. El partido de la guerra, vencido en la persona de los Stádiones y confundido por el resultado de la última campaña, había dejado el puesto al partido de la paz, á cuya cabeza figuraba Metternich. La idea de proporcionarse para lo venidero con la alianza de la Francia reposo, seguridad y nuevo prestigio y de ir paulatinamente disolviendo la alianza de la Francia con la Rusia, era la que en Viena prevalecía en la corte y en la población acomodada; por lo mismo no podía menos de recibirse con alborozo un resultado tan vivamente apetecido. Metternich halló al emperador Francisco completamente dispuesto á otorgar el casamiento como soberano y padre: como soberano, veía en él una combinación feliz para su política, puesto que la corona de Habsburgo quedaba garantida y destruída la unión de la Rusia con la Francia; como padre, entreveía para su hija la fortuna más halagüeña y hasta una felicidad doméstica completa; porque Napoleón era reputado como dócil y afable en su trato privado, fuera de sus otras dotes capaces de exaltar la imaginación de una princesa adolescente y acerca de las cuales Mr. de Metternich, que había vivido en París en intimidad con la familia imperial, podía informar por completo al emperador Francisco.

Este monarca, sin embargo, amaba tiernamente á su hija, y no queriendo en manera alguna violentarla, encargó á Metternich que fuese él mismo á consultar su voluntad; pasó el ministro á verla y á participarle la suerte que le estaba destinada si por su parte consentía en admitirla, y la joven princesa le recibió con sorpresa y satisfacción. Era, como hemos dicho, la princesa María Luisa de muy recomendables dotes: de diez y ocho años de edad, estatura aventajada, salud excelente, fresca alemana, educación esmerada, no escaso entendimiento y carácter afable: reunía en suma todas las cualidades que son de desear en una madre. Lejos de amedrentarse se holgó de llegar á ver aquella Francia donde el monstruo de la revolución había inmolado en otro tiempo á sus mismos reyes, y donde un conquistador glorioso, triunfando de la hidra demagógica, hacía temblar á los monarcas de todas las naciones. Acogió con

pública reserva aunque con mal disfrazado júbilo la noticia de la envidiable suerte con que se le brindaba, y consintió ser esposa de Napoleón y madre del heredero del imperio más grande del universo.

Dado el consentimiento, se empezó á disponer todo en Viena para satisfacer la impaciencia de Napoleón. Aceptóse el contrato matrimonial firmado en París el 7 de febrero por el príncipe de Schwarzenberg, con la condición de que se redactase luego más por extenso incluyendo varias estipulaciones de uso en la familia de Habsburgo: admitióse también la idea de Napoleón de seguir en todas sus partes el ceremonial del casamiento de María Antonieta, á excepción como hemos dicho del lujo y magnificencia, que debían ser mucho mayores, y entregóse la corte de Viena, lo mismo que la de París, al júbilo de aquella novedad y al alborozo, siempre algo pueril é involuntario, consiguiente á los preparativos de las públicas funciones. En semejantes ocasiones todos se abandonan á la confianza y á la alegría con irreflexiva premura, lo mismo que los niños, por la mera necesidad física de moverse y de gozar. Pero aun entrando de lleno en las miras de Napoleón, y decidiéndose á precipitarlo todo por darle gusto, era imposible ir tan de prisa como él quería, porque se corría el riesgo de omitir una porción de ceremonias sumamente vistosas é imponentes, lo cual era contrario á sus mismos designios. Fué admitido el archiduque Carlos como apoderado de Napoleón para desposarse con la princesa y Berthier como su embajador extraordinario para pedir-la, y se señalaron para efectuar el matrimonio los primeros días de marzo.

La noticia del modo como habían sido recibidas sus proposiciones en Viena llenó de satisfacción á Napoleón y á su corte. Él y todos los que le rodeaban se entregaron al placer de los preparativos de las funciones y de los pormenores de etiqueta, y también el público tomó en breve parte en el regocijo asociándose á la satisfacción de su emperador. La tormenta suscitada por la última guerra parecía disiparse como por encanto, volvió á lucir el sol de la esperanza y del entusiasmo. La antigua nobleza, antes siempre ocupada en murmurar en su retiro del barrio de Saint-Germain, se mostró propicia, y hubo una gran parte de ella dispuesta á pasarse al lado del que se desposaba con una archiduquesa de Austria. Hubo nuevas reconciliaciones, porque no era en verdad mucho sacrificio servir al que había sido ya adoptado como yerno por la familia reinante más grande del universo; y era tal la premura de los reconciliados en acudir en torno del trono imperial, que los magnates creados por la Revolución y el Imperio estuvieron á pique de quedar eclipsados y oscurecidos. Desplegó Napoleón un tacto exquisito en el personal del cuarto de la joven emperatriz, eligiendo para su primera dama de honor á la duquesa de Montebello, viuda del mariscal Lannes, muerto en Essling por el cañón austriaco. Nadie podía desaprobare este acto de gratitud, y la dama elegida era por otra parte digna por su conducta y por su distinción, no heredada sino personal, de la elevada categoría en que se la colocaba. Hiciéronse magníficos preparativos y Berthier apresuró su viaje con objeto de hallarse á principios de marzo en Viena. La reina de Nápoles por su lado salió de París con un lucido cortejo para ir á recibir á Braunau, en aquella plaza fuerte

frontera de la confederación del Rhin, á la nueva emperatriz.

Llegó Berthier á Viena el 4 de marzo de 1810 y al día siguiente hizo su entrada solemne en medio de un concurso inaudito de magnates y pueblo. Salió á recibirle toda la corte con los carruajes de la corona que debían conducirle al palacio, y los habitantes de Viena en el exceso de su alegría querían desenganchar su coche para tirarlo ellos, en términos que fué muy difícil impedir aquella tumultuosa ovación.

Los días 6 y 7 pasaron en fiestas y regocijos; el 8 el príncipe Berthier, siguiendo el uso de la corte de Austria y lo que se había practicado cuando el casamiento de María Antonieta, hizo la petición solemne de la mano de la archiduquesa María Luisa, á la cual siguió el consentimiento, otorgado con las más pomposas fórmulas. Los días consecutivos se consagraron á nuevas formalidades y nuevas funciones. El 11 se celebró el casamiento en medio de un inmenso gentío, con magnificencia nunca vista y con un júbilo que excedía á todo júbilo popular. La archiduquesa, desposada con el archiduque Carlos, fué recibida inmediatamente como emperatriz de los franceses, y hasta obtuvo la preferencia de romper la marcha por una galantería del emperador Francisco y de la emperatriz su segunda mujer.

El 13 era el día señalado para la partida de la emperatriz de los franceses. El pueblo de Viena la despidió con aclamaciones, dándole pruebas de afecto y hasta de inquietud hasta el último momento, porque al ver que se alejaba se despertó en él involuntariamente el recuerdo de lo pasado y la memoria de la desgraciada esposa de Luis XVI. Acompañó á María Luisa toda la corte.

El emperador Francisco como padre tierno quiso abrazar otra vez á su hija y salió clandestinamente para Lintz, para sorprenderla y darle el último adiós.

El 16 de marzo llegó á Braunau, donde estaba ya todo dispuesto como para el casamiento de 1770, imitado escrupulosamente en todo. Habíanse formado para recibir á la joven emperatriz tres pabellones unidos entre sí: el primero austriaco, el segundo neutral y el tercero francés. Fué la nueva esposa conducida del pabellón austriaco al pabellón neutral por la servidumbre de su padre, confiada allí al príncipe Berthier, representante del emperador, con su dote, sus alhajas y el contrato matrimonial, é introducida después en el pabellón francés, donde la reina de Nápoles, hermana de Napoleón, la recibió abrazándola. De Braunau fué llevada á Munich, y de Munich á Estrasburgo, siempre acompañada por las aclamaciones de los pueblos alemanes y franceses por donde atravesaba el singular espectáculo de una hija de los Césares que iba á enlazarse con un soldado afortunado vencedor de la Revolución francesa y de la Europa. A la fiebre de la guerra había sucedido otra fiebre de júbilo y esperanzas.

El 23 de marzo entró la emperatriz María Luisa en Estrasburgo, recibida con el mismo entusiasmo popular. Pasó por Luneville, Nancy y Vitry; en Compiègne era donde había de ver á Napoleón por la primera vez rodeado de toda su corte; pero el emperador, para evitarle el embarazo de una entrevista oficial, se adelantó acompañado de Murat y fué á sorprenderla en el camino. Arrojóse en sus brazos y se mostró satisfecho de las dotes que á primera vista advirtió en ella, porque, en